



## CAPÍTULO XI

*Dios le fué haciendo nuevas misericordias á este pecador, que son nuevos cargos, por no haberlas servido como debía.*

Púsole ya Dios en deseo de ordenarse, siendo ministro Real en los Consejos, y para ello disponerse bien, ofreciéndole dictámenes al intento, como eran, proponerle la alteza del ministerio, el servicio del Señor, lo que debía llorar, y hacer penitencia de una vida tan perdida.

Lo primero: le puso en que debía satisfacer á las culpas pasadas dignamente, y con proporción á su grande gravedad, purificar bien la conciencia; para eso lo inclinó á la penitencia, comenzó á considerar cuán ciego y perdido había vivido hasta allí; cuánto tenía que llorar, tales, tan grandes y tan repetidos pecados. Comenzó á tener oración, á madrugar, á llorar y hacer ejercicios de penitencia. Y solía levantarse á las

tres de la mañana, otras más temprano en el invierno y lloraba voz en grito sus culpas, pidiendo misericordia. Y otras (con la luz y alegría de haber salido de tan dura servidumbre á tan dulce libertad) en voz alta, sin poderse contener, cantaba himnos, cánticos y alabanzas al Señor.

Lo segundo: echó de sí toda vestidura preciosa, se vistió de paño de bajo precio, se desnudó del lienzo, y vistió túnica de jerga con unos calzones de lienzo ó paños menores de anjeo; sin otra cosa anduvo algunos años con unas medias caídas que sólo servían á que no le pudiesen ver descalzo por la nota, siendo ministro y consejero del rey.

Lo tercero: por las mañanas andaba descalzo de pie y pierna en su cuarto, hasta que abría las puertas, sin que nadie lo viese, y esto en el rigor del invierno.

Lo cuarto: echó de su casa todas las alhajas de precio, la plata y cuanto tenía precioso.

Lo quinto: habiendo dejado un cuadro de San Juan Bautista con una guarnición de plata por la devoción que tenía al Santo, mirando un día á la imagen, vió que la guarnición se volvió como una culebra: ya lo vió con los ojos del cuerpo, ya del alma; pero obró de suerte, que al instante quedándose con el cuadro, le quitó la guarnición, y le parecía que era el movimiento

interior tan eficaz, que no tuviera fuerzas para retirarse aunque quisiera.

Lo sexto: envió á pedir un hábito de San Francisco de capuchino, y todas las noches se lo vestía, pidiendo al Santo que intercediese con Dios que le perdonase. Y así durmió algún tiempo sobre una tabla debajo de una escalera de su cuarto.

Lo séptimo: se daba todos los días muy ásperas disciplinas, padecía grandes hielos y fríos; comenzó á hacer ayunos frecuentes, domar y mortificar su carne lo que podía.

Lo octavo: traía cilicios ásperos de latón, de cuerdas, de cadenillas y de otras cosas, dos, tres y cuatro á un mismo tiempo.

Lo noveno: todo esto lo obrava con el consejo de su confesor, estándole muy obediente y sujeto.



## CAPITULO XII

*De otras misericordias y cargos que puede hacer  
Dios á este pecador, y como se ordenó  
de sacerdote.*

Resuelto á ordenarse de sacerdote, le puso Dios en el corazón que no lo hiciese con dispensaciones, sino á su tiempo, y con prevención de una á otra orden y con frecuencia de Sacramentos, oración y penitencia.

Lo primero: para esto se quitó la barba y mudó totalmente el traje exterior, y como había sido antes muy aliñado y lucido y de veintiocho años de edad, salió de repente de esta suerte, fué muy censurado y murmurado en la corte, tanto, que hubo algunos (y no pocos) que lo tenían por loco, otros por hipócrita y otros por necio. Y de esta suerte comenzó á disponerse á seguir el camino del espíritu y entrar en las órdenes sagradas.

Lo segundo: todas estas censuras las llevaba con alegría y consuelo, siguiendo los movimientos interiores del espíritu, registrados por su confesor, cerrando los ojos y los oídos á cuanto decía el mundo, y si alguno le preguntaba la causa de tal mudanza, decía: Porque en los naturales tan perdidos, como el mío, más cerca está el sacerdote lucidamente vestido de la calle Mayor y del Prado, y de allí otros deleites escandalosos, que deslucido y es menester torcer de suerte hacia esta otra parte, que se á afrenta mía intolerable verme jamás en la otra.

Lo tercero: después de haber hecho confesión general, así como iba recibiendo las órdenes, iba creciendo en las devociones y disposiciones, y en las penitencias, y asperezas y la frecuencia de sacramentos, de suerte, que para las órdenes menores, los frecuentaba de ocho á ocho días: para Epístola dos veces cada semana: para Evangelio, á tercer día: para misa era la comunión cotidiana. Y á este paso crecía la oración y la mortificación.

Lo cuarto: tenía por ejercicio el pedir en cada comunión una virtud, y procurar vencer un vicio, ejercitándose en esto, ya por días, ya por semanas, y con esta procuraba ir venciendo con la gracia las malas inclinaciones, y rindiendo, domando y desterrando la envejecida costumbre.

Lo quinto: le hizo Dios en este ejercicio rarísimas mercedes, porque palpablemente sentía que le iban desnudando del viejo Adán en el alma y vestían del nuevo, y sentía que le quitaban la ira (esto es que le templaban) y se hallaba en pocos días, manso, apacible y suave. Que le desnudaban la soberbia, y apetecía cosas humildes, y tomaba la escoba y barría su oratorio y su cuarto. Que le quitaban el amor á las riquezas y le daban santo amor á la pobreza. Que le quitaban del amor propio y le daban odio á su cuerpo y á la carne, y se abrazaba con la cruz y penitencia. Y esto era tan práctico, tan eficaz y ejecutivo, que no sólo lo veía en lo que obraba, sino que lo sentía interiormente y lo conocía en los sentimientos del alma, y decía: «Parece que ahora me ha quitado Dios este mal hábito», como si sintiera una persona que le quitaban de los hombros una capa. Y aunque conocía que le quedaban las raíces de estos vicios y el fomento de las culpas que siempre queda en el alma; pero en sus ejecuciones sentía y conocía estos notables efectos y reconocía que todo le resultaba de comulgar y recibir al Señor con aquel intento de que le quitase los vicios y le diese las virtudes.

Lo sexto: con la oración y los sentimientos de dolor y culpas le fué Dios dando muchas lágrimas y motivos nobles de dolor. Como eran ha-

ber ofendido á un Dios tan bueno, tan grande, tan inmenso, que tantos beneficios le había hecho; y así después de ordenado, y aun antes, lloraba con vivas lágrimas muy frecuentemente sus culpas, y con la consideración de los oficios divinos, crecía con el dolor el amor á Dios por haberle dado luz, y perdonado y hecho tan grandes mercedes á vista de tantas culpas.



## CAPITULO XIII

*Recibe nuevas misericordias del Señor este pecador, cargos que su bondad puede hacerle si no procura servirle.*

Con haberse ordenado con estas disposiciones, fué cada día recibiendo del Señor nuevas y grandes misericordias.

Lo primero: le fué haciendo fervorosamente devoto de la Virgen, poniendo en el corazón que nada hiciese ni ofreciese á su Hijo benditísimo, que no fuese en su presencia y por su mano.

Lo segundo: le fué apartando de ocasiones y obrando á la proporción de la vocación, retirándose dentro del mundo, del mundo.

Lo tercero: en los días que podía decía la misa muy despacio, y en los solemnes tardaba algunas veces (con efectos amorosos y sentimiento de dolor y penitencia) cinco, seis y siete horas en cada misa rezada.

19880

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Lo cuarto: se formó diario de lo que había de hacer cada día, desde que se acostaba y levantaba, como si obedeciese en cada hora y ejercicio á la Virgen, á quien tenía por superiora y prelada.

Lo quinto: se hizo regla y constituciones (que se hacía al fin de la confesión) para guardar los propósitos; la cual, con el consejo de sus Confesores, guardó muchos años á la letra, y después dispensada en algunas cosas por su edad y enfermedades, ha procurado guardar, aunque con hartas miserias é imperfecciones.

Lo sexto: guardaba las Cuaresmas de San Francisco glorioso y casi todo el año ayunaba, y apenas eran doce días los que comía carne.

Lo séptimo: le dió á Dios la fruta, y desde entonces, sino es rarísimas veces, en treinta años no la ha comido jamás.

Lo octavo: tomaba tres disciplinas todos los días, ó una por tres cuando no había disposición de que fuese en diversos tiempos; ordinariamente con disciplinas de alambre; y esto ha hecho en estos treinta años comunmente, sino es cuando no había para ello disposición, y entonces lo hacía cuando podía, con pellizcos en los brazos, como lo enseñó la Virgen á un su devoto que lo hiciese cuando no las pudiese tomar de otra manera sin nota. Esto está en el libro del B. Alano.

Lo noveno: se puso cilicio perpetuo y ese ha traído siempre y dormido con él comunmente. Y esto ha durado, sino es que por enfermedad el Confesor se lo haya alguna vez quitado.

Lo décimo: se quitó desde los principios el lienzo y siempre ha traído túnica de lana más ó menos gruesa, y lo mismo en las sábanas cuando ha dormido en cama.

Lo undécimo: á los principios, y en diversos tiempos después, solía dormir en una tarima sobre la tabla rasa, cubierto sólo con un manteo ó una manta, y allí pasaba grandísimos fríos; de suerte, que le parecía que le mudaban camisas de hielo, y no sabía cómo aquel tormento le podía ser tolerable.

Después, dispensado por la edad, parte por la flaqueza, parte por la dignidad, conservó cama; pero sin lienzo en las sábanas, hasta que Dios después le ha vuelto á que use de un jergón y una pobre manta, con que se cubre y un capote sobre ella, cuando hace frío, y se ha la mejor así viejo, que en las más regaladas camas mozo.

Lo duodécimo: le puso Dios en que visitase los hospitales, llamase á los pobres, los regalase, sirviese y socorriese, y eso lo hacía cada semana, las fiestas ó los domingos.

Lo decimotercero. todas estas cosas se las daban tan dadas y tan sin trabajo suyo, y tan

arrojadas de arriba, que ni sabía cómo venían ni se hacían. Porque todo era dado con tan poca parte suya, que más parece que era un instrumento de la gracia, y por quién y con quién ella obraba estas cosas, recibidas de su alma, que no que él las obraba ayudado de la gracia. Porque ella lo arrebatava, lo llevaba, y él lo más que hacía era obrar y hacer aquello á que tan eficazmente lo llamaba la gracia, que no sabía como podía resistirsele, porque aunque conocía que tenía y le quedaba libre el albedrío, también sabía que iba libremente cautivo el albedrío de la gracia graciosísima de Dios.



## CAPÍTULO XIV

*Nuevos cargos y misericordias, y que la Virgen le imprimió el amor á su hijo preciosísimo y de qué manera.*

Prosiguiendo estos ejercicios algunos años, tomó por costumbre: lo primero, hacer confesión general cada año desde aquel año; esto después de haber hecho diversas confesiones generales al principio.

Lo segundo: recogerse dos veces cada año á diversos conventos, por Navidad y la Semana Santa, á llorar sus culpas y á entregarse todo á Dios, y entonces estrechaba y avivaba más la penitencia y oración.

Lo tercero: solía quedarse toda la noche velando y orando en el coro, y después de una disciplina larga, se quedaba adorando al Santísimo y á su Madre preciosísima, y si le rendía el sueño,

pedía licencia y se recogía á un rincón hasta la mañana.

Lo cuarto: le sucedió (y esta fué la primer vez que comenzó á inquietarle el demonio) que velando á la Virgen Nuestra Señora, delante de una reja, que hacía antepecho á su altar, habiendo dormitado un poco, le despertó el ruido de una culebra grandísima, gruesa como el brazo, de más de seis varas, que corría por el mismo antepecho. Dejólo descolorido y espantado; invocó á la Virgen y volvió á perseverar en oración. Esto le sucedió en un convento de Dominicos, de quien él es muy devoto.

En otro convento de Religiosos Descalzos, una noche después de haber velado, orando gran rato sentado en el suelo, arimado á un banco (no asegura si fué dormido ó despierto), se le puso la Virgen con su Hijo en los brazos muy cerca, como un paso de donde estaba, y el Niño se le iba acercando sin soltarlo de los brazos su Madre gloriosísima, y la Virgen le parece que le dijo: toma á mi Hijo ú otras palabras ó demostración como esta, que significaba que le ofrecía y le daba á su Hijo dulcísimo y suavísimo.

Así pasó esto en cuanto á la cinza; pero los efectos que le causaron, son los que se siguen:

El primero: desde entonces le ha quedado un amor de Dios tan sensitivo y vivo y á su Ma-

dre gloriosísima, que en treinta años no ha habido apenas día en que no lo haya sentido vivísimo, y cada día, en todos tiempos, y aunque ha caído como flaco y miserable, siempre ha vuelto llorando de puro amor y dolor y nunca ha tenido este dolor sin el amor.

Lo segundo: desde entonces por la bondad Divina, aunque como miserable y el peor de los nacidos, ha caído diversas veces; pero nunca ha hecho amistad con la culpa. Y caído, ha procurado levantarse, y pecaba con dolor y volvía con amor, y diera la vida por no pecar. Y esta merced, que es muy grande, le debe á la Virgen y á su Hijo, y está creyendo que aquella noche la recibió.

Lo tercero: raras veces se acuerda de esto, que no sienta vivamente amor en su corazón, y le mueve á lágrimas tiernísimas de amor.

También en otra ocasión, estando enfermo y dormido, soñó que el demonio iba tras él, y que se subió este pecador huyendo á lo alto de un montecillo, y habiéndolo buscado allí para cogerle, se bajó huyendo y se arrojó entre innumerables pobres, y así, escondido entre ellos, miraba al demonio, que desde lo alto se la estaba jurando con el dedo en la frente, y luego volvió en sí y despertó.

Por este tiempo, estando leyendo una carta

impresa que habían escrito en cierta religión de las virtudes de un religioso, y que decía que los dolores eran pedazos de la Pasión del Señor, le dió deseo de padecer; y luego le vino un tan vehemente dolor de ijada, que le duró seis días, y le tuvo á pique de perder la vida; en él mejoró, visitado de su confesor (que era varón milagroso), el cual le puso la mano en aquella parte, y en muchos años no le volvió este género de achaque.



## CAPITULO XV

*De otras misericordias que Dios hizo á este pecador, y avisos que le dió hasta ponerlo en más alto grado en la Iglesia.*

Prosiguió este pecador algunos años (que serían como diez) en esta vida interior de oración, dolor y penitencia, y sentimientos de amor y de dolor. Mas en medio de ellos fueron grandes las culpas, miserias y pecados en que incurrió. Porque aunque los socorros que Dios le hacía eran grandísimos, y su deseo de aborrecer al pecado y obrar lo bueno al paso que los socorros; después de esto fueron sus culpas muy grandes, señaladamente en atraer al alma propiedades y pasiones; era la misma flaqueza, y cuando menos pensaba, comenzando por lo bueno, se hallaba en lo más perdido y malo. Y llorando, penando, padeciendo y aborreciendo lo que pecaba, permitía Dios que tropezase

COL. DE LIB. QUE TR. DE AM.—T. X. d